

Affinity Konar  
La otra mitad de mí



Galaxia Gutenberg

© Gabriela Michanie

## Affinity Konar

Es autora de la novela *The Illustrated Version of Things*. Es maestra en Bellas Artes por la Universidad de Columbia y vive en Los Ángeles.

En 1944, Pearl y Stasha Zagorski, dos hermanas gemelas de 12 años, son enviadas a Auschwitz junto a su madre y su abuelo. Nada más llegar, Josef Mengele las selecciona para formar parte de sus experimentos genéticos. Ese invierno, en un concierto organizado por Mengele, Pearl desaparece. Stasha llora la pérdida de su hermana gemela pero se aferra a la posibilidad de que Pearl siga con vida.

Cuando el Ejército Rojo libera Auschwitz, Stasha y su compañero Feliks –un niño empeñado en la venganza de su propio gemelo perdido– viajan a través de la Polonia devastada del fin de la guerra. Sin dejarse intimidar por el caos a su alrededor, motivados por igual por el peligro y la esperanza, ambos niños se proponen algo aparentemente inalcanzable: capturar a Mengele y llevarlo ante la justicia.

¿Sueños de niños? Lo cierto es que esos sueños les dan una razón para sobrevivir y continuar su descubrimiento de lo que ha ocurrido en el mundo a la vez que tratan de imaginar un futuro.

El resultado es una historia magníficamente elaborada contada en primera persona por las dos gemelas, con una voz narrativa tan exquisitamente sensible como original. Como ha dicho Michiko Kakutani, una de las críticas literarias más prestigiosas de nuestro tiempo, en el *New York Times*, «Konar consigue transmitir poderosamente las experiencias de sus heroínas: su inventiva y voluntad de sobrevivir, su resistencia y fe en un futuro incluso ante el Exterminio y la notable determinación de Pearl de perdonar... Lo que más sorprende de la novela es la capacidad de Konar para describir el infierno que era Auschwitz, mientras que al mismo tiempo captura la resistencia de muchos presos, su capacidad de aferrarse a la esperanza y la bondad, de permanecer, en palabras de Elie Wiesel, humanos en un universo inhumano».



Título de la edición original: Mischling  
Traducción del inglés: Fernanda Melchor

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: abril 2017

© Affinity Konar, 2016  
© de la traducción de Fernanda Melchor,  
cedida por Editorial Océano de México, S.A. de C.V., 2017  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017  
Imagen de portada: © Alicja Brodowicz / Millennium Images UK

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-865-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Philip*

## PRIMERA PARTE

## *Stasha*

### CAPÍTULO 1

# El mundo después del mundo

Fuimos creadas al mismo tiempo. Mi gemela Pearl y yo. O, para ser más precisa, Pearl se formó y yo me escindí de ella. Se estampó a sí misma en la matriz, y copié su rúbrica. Durante ocho meses nos mantuvimos a flote en la nevada amniótica, dos mitones rosados reposando en el interior de nuestra madre. No podía imaginar que existiera algo más maravilloso que el útero que compartíamos, pero cuando finalmente los armazones de nuestros cerebros terminaron de ser esculpidos y nuestros brazos estuvieron formados, Pearl quiso conocer el mundo que se encontraba más allá de nosotras. Así que, con el arrojo de una recién nacida, se escupió a sí misma fuera de nuestra madre.

Aunque prematura, Pearl era una bromista muy sofisticada. Me dije a mí misma que todo aquello no era más que uno de sus trucos, que pronto volvería para burlarse de mí. Pero cuando no regresó, ya no pude respirar. ¿Alguna vez han tenido que vivir con la mejor parte de ustedes mismos a la deriva, situada a una distancia inescrutable? Si es así, estoy segura de que conocen los peligros de esta condición. Cuando perdí el aliento, mi corazón también se detuvo, y mi cerebro se encendió con una fiebre inimaginable. En mi palidez fetal, me enfrenté a esta verdad: sin ella, yo me convertiría en una cosa dividida e indigna, un ser humano incapaz de amar.

Y fue por ello que seguí la iniciativa de mi hermana y permití que las manos del doctor me arrancaran, que me golpearan y me sostuvieran a la luz. Nótese que yo jamás

lloré durante las rupturas de esta transición indeseada. Ni siquiera cuando nuestros padres se negaron a cumplir mi deseo de ser llamada Pearl, igual que mi hermana.

En cambio, me convertí en Stasha. Y cuando las labores del parto finalizaron, ingresamos al mundo de la familia, el piano y el libro; días en los que permanecíamos anonadadas ante la belleza del mundo. Éramos tan parecidas: nos encantaba tirar por la ventana canicas al adoquinado y, con nuestros binoculares, observarlas descender colina abajo, sólo para ver hasta dónde las conducían sus pequeñas vidas.

Ese mundo rebosante de asombro también se terminó. Igual que la mayoría de los mundos.

Pero debo confesarles que también conocíamos otro mundo. Algunos dirán que es el que realmente nos formó. Y estarían equivocados, pero, por el momento, permítanme afirmarles que nuestro ingreso a este mundo dio comienzo en nuestro duodécimo año de vida, cuando nos apiñaron al fondo de un vagón para ganado.

Durante aquel viaje, que duró cuatro días y cuatro noches, sobrevivimos a base de engaños. Como único alimento, lamimos por turnos la piel amarillenta de una cebolla. Para entretenernos, jugamos el juego que Zayde inventó para nosotras, un juego llamado La clasificación de los seres vivos. A la manera de las charadas, había que interpretar a un ser viviente, y el otro jugador debía nombrar la especie a la que pertenecía, el género, la familia, y así hasta llegar a la brillantez abarcadora de los reinos.

En aquel vagón de ganado repasamos un montón de seres vivos, asumimos posturas que iban desde el oso hasta el caracol, y vuelta a empezar, pues Zayde insistía siempre – con su voz resquebrajada por la sed – que era importante organizar el universo de la mejor forma que pudiéramos con nuestras habilidades demasiado humanas. Cuando el vagón finalmente se detuvo, yo también detuve mi charada. Según recuerdo, en aquel momento yo trataba de con-

vencer a Pearl de que era una ameba. Aunque también es posible que hubiera estado imitando a alguna otra criatura, y que hoy la recuerde como una ameba porque así era como me sentía: frágil y transparente. No puedo estar segura.

Y justo cuando estaba a punto de admitir mi derrota, la puerta del vagón se abrió.

La luz entrante nos conmocionó de tal modo que la cebolla se nos cayó al suelo y rodó por la rampa, una media-luna mordisqueada y hedionda que aterrizó a los pies del guardia. Imagino que el hombre puso cara de disgusto, pero la verdad es que no podía verle el rostro: sostenía un pañuelo sobre su nariz mientras lanzaba una serie de estornudos, y sólo paró de estornudar para alzar su bota sobre nuestra cebolla, proyectando una sombra que eclipsó el pequeño globo. Vimos cómo la cebolla lloró al ser aplastada, con lágrimas de pulpa amarga. Después, el hombre se acercó, y las dos nos debatimos por ocultarnos dentro del voluminoso abrigo de Zayde. A pesar de que ya hacía bastante tiempo que éramos demasiado mayores como para usar a Zayde de escondite, el miedo nos empequeñeció, y logramos retorcernos tras los pliegues del abrigo, junto a su cuerpo menguado, para convertir a nuestro abuelo en una abultada figura con múltiples piernas. Ocultas en este refugio, parpadeamos. Y entonces oímos el ruido: el taconeo y el arrastrar de las botas del guardia ahí de pie frente a nosotros.

—¿Qué clase de insecto eres? —le preguntó a Zayde, golpeando con su bastón cada una de nuestras piernas de niña. Las rodillas comenzaron a dolernos. El guardia golpeó también las piernas de Zayde—. ¿Tienes seis piernas? ¿Eres una araña?

Estaba claro que el guardia no poseía ni el más mínimo conocimiento acerca de los seres vivos. Se había equivocado, pero Zayde no se molestó en señalarle que las arañas no son insectos. Normalmente, a Zayde le encantaba corregirnos con su sonsonete juguetero, pues le gustaba que to-

dos los datos fueran correctos. Pero en aquel lugar era demasiado peligroso expresar cualquier tipo de conocimiento profundo sobre criaturas que se arrastraban, o que eran consideradas humildes, pues enseguida se te acusaría de tener demasiado en común con ellas. Debimos de haberlo pensado mejor antes de convertir a nuestro abuelo en insecto.

–Te he hecho una pregunta –insistió el guardia, mientras nos daba otro bastonazo en las piernas–. ¿Qué clase de insecto eres?

Zayde le proporcionó los datos en alemán: su nombre era Tadeusz Zamorski. Tenía sesenta y cinco años de edad. Era judío polaco. Guardó silencio, como si ya lo hubiera dicho todo.

Y nosotras tuvimos ganas de continuar por él, de proporcionar el resto de los detalles. Zayde había sido profesor de biología. Había enseñado esa disciplina en las universidades durante décadas, pero también era experto en muchas otras cosas. Si querías saber el significado de un poema, él era la persona adecuada para explicártelo. Si querías saber cómo caminar con las manos o encontrar una estrella, él te enseñaba cómo. En su compañía, una vez vimos un arcoíris completamente rojo, a horcajadas entre el mar y una montaña, y él a menudo brindaba a la memoria de ese suceso. *¡Por la belleza insoportable!*, gritaba, con los ojos rebosantes. Era tan aficionado a los brindis que siempre los hacía, indiscriminadamente. *¡Por el chapuzón matinal! ¡Por los tilos del portal!* Y en años recientes, sobre todo éste: *¡Por el día en que mi hijo volverá, vivo e intacto!*

Pero por mucho que nos hubiera gustado hacerlo, no le dijimos nada al guardia; los detalles se quedaron atorados en nuestras gargantas y los ojos se nos llenaron de lágrimas a causa de la cebolla muerta. Las lágrimas eran culpa de ella, nos dijimos, eso era todo. Y nos limpiamos las caras para poder ver lo que sucedía a través de los agujeros en el abrigo de Zayde.

Enmarcadas por estas claraboyas había cinco figuras: tres niños pequeños, su madre, y un hombre que llevaba una bata blanca y un cuaderno pequeño sobre el cual se inclinaba un bolígrafo. Los niños nos intrigaron: nunca antes habíamos visto trillizos. En Lodz había otro par de gemelas, pero un trío era algo de verdad inaudito. Aunque nos impresionó su número, tuvimos que admitir que nosotras ganábamos en cuanto al parecido. Los tres tenían idénticos rizos y ojos oscuros, idénticos cuerpos flacuchos, pero sus expresiones eran diferentes: uno entrecerraba los ojos a causa del sol, mientras que los otros dos fruncían el ceño, y sólo parecieron idénticos cuando el hombre de la bata blanca depositó unos caramelos en sus manos.

La madre de los trillizos era diferente a las demás madres del vagón de ganado. Escondía perfectamente su angustia, inmóvil como un reloj descompuesto. Una de sus manos flotaba sobre las cabezas de sus hijos, en una suerte de titubeo perpetuo, como si pensara que ya no tenía derecho a tocarlos. El hombre de la bata blanca no compartía esa actitud.

Era una figura intimidante, toda zapatos negros pulidos y cabello oscuro igualmente brillante, y mangas tan anchas que cuando levantaba los brazos el tejido se hinchaba y expandía como si fueran alas y reclamaran una parte desproporcionada del cielo. Era guapo como una estrella de cine y propenso al dramatismo: una serie de obvias expresiones de cordialidad atravesaban su rostro, ansioso porque todo el mundo se percatara del elevado límite al que llegaban sus buenas intenciones.

La madre y el hombre de la bata blanca conversaban, al parecer con cordialidad, aunque era el hombre el que más hablaba. Nosotras deseamos poder escuchar la conversación, pero supongo que nos bastó con ver lo que sucedió a continuación: la madre acarició los cabellos oscuros de los trillizos y después se dio la vuelta, dejando a los niños con el hombre de la bata blanca.

Era un doctor, les dijo, mientras se alejaba, con pasos tambaleantes. Estarían a salvo, los tranquilizó, y se alejó sin volverse a mirarlos.

Nuestra madre, al escuchar esto, lanzó un chillido ahogado y se aproximó al guardia y tiró de su brazo. Su atrevimiento nos impresionó. Estábamos habituadas a una madre temblorosa, una que se estremecía al hacerle el pedido al carnicero y que se escondía de la sirvienta. Siempre pareció tener pudín en las venas, todo el tiempo tiritando, dándose por vencida, especialmente después de que papá desapareciera. En el vagón de ganado, se mantuvo calmada gracias a los dibujos de amapolas con los que llenó las paredes de madera. Pistilo, pétalo, estambre: los dibujaba con una extraña concentración, y sólo cuando dejó de dibujar se derrumbó. Pero en la rampa, nuestra madre adquirió una nueva solidez: sobresalía, gracias a su fuerza, de entre los hambrientos y los débiles. ¿Sería acaso la música la responsable de esta transformación? Mamá siempre amó la música, y aquel lugar estaba rebosante de notas alegres que nos recibieron al descender del vagón de ganado y nos atrajeron con alegría traicionera. Con el tiempo aprenderíamos la verdad que ocultaba aquella estratagema; aprenderíamos a desconfiar de las tonadas festivas en cuyo centro anidaba el sufrimiento; aprenderíamos que la orquesta tenía la labor de engañar a todos los que ingresaban; que los músicos estaban obligados a usar su talento para entrapar a los desprevenidos y convencernos de que el sitio al que llegábamos no estaba del todo despojado de aprecio por lo que era humano y hermoso. La música elevaba el ánimo de las multitudes que llegaban. La música flotaba entre la gente que atravesaba las puertas. ¿Era a causa de ella que Mamá podía atreverse a ser osada? Jamás lo sabría. Pero la admiré por su valentía.

—¿Es algo bueno ser mellizo en este lugar? —le preguntó al guardia.

El sujeto asintió y llamó al doctor, quien se encontraba acucillado sobre el suelo para poder hablar con los niños cara a cara. Parecían conversar todos muy amigablemente.

–Zwillinge! –gritó el guardia–. ¡Gemelas!

El doctor dejó a los trillizos en compañía de una enfermera y se acercó hacia donde estábamos, perturbando el polvo con sus botas brillantes. Fue cortés con nuestra madre, y hasta le estrechó la mano mientras le hablaba.

–¿Tiene hijos especiales?

Sus ojos eran afables, hasta donde alcanzábamos a ver.

Mamá no sabía en qué pie apoyarse, súbitamente disminuida. Trató de liberar su mano del apretón pero el hombre seguía estrechándosela con fuerza, e incluso comenzó a acariciarle el dorso con la punta de sus dedos, como si nuestra madre fuera un ser herido que se calmara fácilmente.

–Sólo mellizas, no trillizos –se disculpó ella–. Espero que sea suficiente.

La carcajada del doctor fue estruendosa e hizo eco dentro de las cavernas del interior del abrigo de Zayde. Nos sentimos aliviadas cuando aquella risa finalmente amainó y pudimos escuchar la enumeración que Mamá hacía de nuestros talentos.

–Hablan un poco de alemán. Su padre les enseñó. Cumplirán trece en diciembre. Son buenas lectoras, las dos. A Pearl le encanta la música; es rápida, muy práctica y estudia danza. Y Stasha, mi Stasha –y aquí Mamá hizo una pausa, como si no estuviera del todo segura de cómo categorizarme, antes de declarar–: es muy imaginativa.

El doctor escuchaba la información con interés, y pidió que lo alcanzáramos en la rampa.

Titubeamos. Estábamos mejor dentro de aquel abrigo sofocante. Allí afuera soplaba un viento gris y abrasador que nos puso en alerta, y un aroma a chamusquina que lo impregnaba todo. Había rifles que proyectaban sombras y perros que ladraban y babeaban y gruñían como sólo pue-

den hacerlo los perros que han sido criados para la crueldad. Pero antes de que tuviéramos oportunidad de replegarnos aún más, el doctor apartó los telones del abrigo. Parpadeamos debido a la luz del sol. Una de nosotras lanzó un gruñido. Puede que fuera Pearl, pero probablemente lo hice yo.

¿Cómo era posible, se maravilló el doctor, que nuestras bocas tan perfectas se desperdiciaran en gestos tan adustos? Nos sacó del abrigo, nos hizo dar una vuelta ante él y nos colocó espalda con espalda para admirar nuestra exactitud.

–¡Sonreíd! –nos ordenó.

¿Por qué obedecemos esa orden en particular? Por el bien de nuestra madre, supongo. Sólo por ella sonreímos, a pesar de que la vimos aferrarse al brazo de Zayde con la cara encendida de pánico y gotas de sudor deslizándose por su frente. Yo había evitado mirar a Mamá desde el primer momento en que entramos al vagón de ganado. Miraba solamente las amapolas que dibujaba, concentrada en la frágil floración de sus rostros. Pero algo en su expresión artificial hizo que me diera cuenta de que mi madre se había transformado en una semiviuda, bella pero insomne, cuya personalidad se desvanecía. Alguna vez había sido la más remilgada de las mujeres, pero ahora parecía deshecha: su mejilla estaba surcada de polvo y su cuello de encaje colgaba sin gracia. Dos gemas apagadas de sangre se aferraban a las comisuras de su boca cada vez que ella se mordía los labios a causa de la angustia.

–¿Son *mischlinge*? –preguntó el doctor–. ¡Tienen el cabello dorado!

Mamá tiró de sus rizos oscuros, como si se avergonzara de su belleza, y sacudió la cabeza.

–Mi esposo era rubio –fue todo lo que pudo decir. Era la única respuesta que daba cuando el color de nuestro cabello hacía que ciertos curiosos le preguntaran si éramos de sangre mestiza. Y a medida que fuimos creciendo, escuchá-